

Diálogo entre ciencias sociales y discernimiento espiritual

Mario Alejandro Montemayor González, S.J.

En este texto presento un itinerario reflexivo que busca ilustrar la complementariedad entre la perspectiva cristiana del discernimiento espiritual y la búsqueda de la verdad de las ciencias sociales (en el marco de las *ciencias del espíritu*). En pocas palabras, a pesar de las diferentes racionalidades de cada ámbito del conocimiento se busca poner de manifiesto la conexión que puede existir entre el quehacer científico-social y el profético-religioso.

Para realizar este análisis comienzo con los debates al interior de las *ciencias del espíritu* sobre la interpretación y la textura de la vida, y termino con el discernimiento espiritual y su vinculación con la experiencia cristiana de encarnación. A lo largo del recorrido se puede observar una continuidad entre el uso del vocablo *espíritu*¹, y discontinuidades en las formas en que éste inspira a la comprensión de la vida de la persona y su implicación en la sociedad, entendida como cuerpo social.

En este abordaje se entienden las decisiones que emergen del discernimiento espiritual en clave de encarnación cristiana, es decir como algo que adquiere realidad. Tal como lo plantea el evangelio de Juan: *Y el verbo carne se hizo / Y la palabra carne se hizo* (Jn 1, 14) (Καὶ ὁ Λόγος σὰρξ ἐγένετο). Como comenta Gesché: “la palabra «carne» (*sarx*, transliterado del griego) indica la realidad íntima del cuerpo («es la carne de mi carne»), su sensibilidad, su maravillosa fragilidad, su profundidad y su superficie más carnal precisamente, la más dulce y la más dolorosa. La carne es la íntima substancia del cuerpo. Se trata, por lo tanto, a propósito del Verbo, de una en-carnación”². En ese sentido, se busca tener una comprensión de la espiritualidad cristiana al modo ignaciano como una práctica compatible con las ciencias del espíritu *encarnado*. De esto modo, conocer sobre lo social no es la adquisición de un simple dato o información novedosa, sino una experiencia vital y corporal que estremera la circunstancia desde donde se interpreta la realidad, lo cual puede conducir hacia el cruce de la verdad propia de la ciencia con lo bondadoso y lo santo de la experiencia religiosa.

1 La palabra *espíritu* posee un significado que desborda la capacidad de los signos de resguardar un solo significante, intento no dotarlo de un sentido unívoco. Sin embargo, hace referencia a una presencia trascendente que mantiene comunicación con los seres humanos.

2 Gesché, *La invención cristiana del cuerpo*, 217.

Las ciencias del espíritu y la textura de la vida

En el siglo XIX en el marco de la hermenéutica filosófica que influyó en el desarrollo de las ciencias, comienza a formularse un método propio de generación de conocimiento para las denominadas *Geisteswissenschaften* (las ciencias del espíritu en alemán), dentro de las cuales se ubican el derecho, la sociología, las artes, la historia, las ciencias de la comunicación, de la educación, por mencionar algunas. Ante estas ciencias “subjetivas” asociadas también a las humanidades, emergen múltiples dudas sobre los límites y los criterios para realizar una correcta interpretación. Sobre todo, si se compara con la objetividad y su estatuto de veracidad, propio del método de las ciencias naturales. En el mundo científico del siglo XIX lo central es el conocimiento del “objeto”. En ese paradigma hay un esfuerzo por conseguir el conocimiento desligado de la posición personal desde donde se conoce. En cambio, en las ciencias del espíritu que buscan conocer sobre lo humano, cada persona que conoce tiene impresiones, percepciones y prejuicios sobre la realidad de las cosas que pueden tergiversar, bloquear o sesgar la mirada, y la forma en que se enuncia a la realidad.

Si el espíritu y lo humano tienen relación, entonces se puede decir que en cada persona científica o no científica el *espíritu* insufla en su interioridad provocando algo nuevo: hay motivaciones por el conocimiento, el deseo por conocer posee un propósito o sentido. Es decir, el deseo del científico no es neutral ni parcial, el deseo por saber la verdad es existencial. Entonces, se puede decir en clave cristiana que las ciencias del espíritu operan desde el siguiente dinamismo: Cada persona construye un sentido de la historia (la historia del mundo y nuestra propia historia en él) a partir de la serie de acontecimientos con los que se enfrenta. Cada suceso que se presenta en la vida se sitúa en el flujo de la historia, es solo un fragmento dentro del relato continuado de lo que ha venido sucediendo. Es nuestra historia compartida.

Por lo tanto, el significado de los acontecimientos es contextualizado en la historia completa que ha estado ocurriendo. A esto se le llama la textura de la vida. Wilhelm Dilthey, uno de los principales exponentes de la hermenéutica³, pone el énfasis en la historicidad de las ciencias del espíritu. En la textura de la vida se encuentran entretejidos los recuerdos del pasado y las expectativas que se tienen sobre el futuro. Todo este flujo se hace presente al momento que ocurren las vivencias. En la textura de la vida ocurre la fragua de todas las experiencias vividas y con todo lo que ello ha implicado (sentimientos, deseos, narraciones, recuerdos, diálogos, imágenes, intereses, etc.). La comprensión, cuya categoría unificadora es la textura de vida, busca develar los significados que los otros van expresando en el paso por la vida. Es así como, las ciencias del espíritu operan desde tres momentos fundamentales: experiencia, expresión y comprensión.

Ahora bien, la experiencia-expresión-comprensión de la realidad implica también conexión con el cuerpo, sino el espíritu que “aparece” queda desencarnado e insensible a lo que acontece, es decir conserva una visión dualista sobre la concepción espíritu-cuerpo. Esta comprensión desencarnada de las ciencias se vive como anestesiada, aséptica o estéril; no deja que nuestro cuerpo sienta lo que aparece a la mirada. Para que esto no suceda y el espíritu que se da a conocer sea vivenciado por la persona científica, las

3 Cfr. Grondin, *Introducción a la hermenéutica filosófica*, 1999.

ciencias del espíritu demandan encarnación. A esto se le puede llamar las ciencias del espíritu encarnado. Como dice Gesché:

Encarnándose, el Verbo de Dios se da el peso de la carne, como hablamos del peso de la historia, el peso de una verdad sensible. «Es por el cuerpo que devenimos históricos» (Paul Auster), es por el cuerpo que el Verbo de Dios viene hacia nosotros. Dios es siempre salida de sí, *pro-nobis*, *éxodos*, dejando, si podemos decir, su propio camino (*ex-odos*) para tomar el nuestro. *Pro-nobis*, *éxodos*, éxodo de sí mismo, salida de sí, es casi toda la definición de Dios...⁴

En la textura de la vida es donde aparece la presencia del espíritu que se encarna en nuestra historia, quien ayuda a interpretar la comprensión del sentido de la historia y, al mismo tiempo, nos invita a sumergirnos en la historia. El discernimiento espiritual como práctica ascética-religiosa que no es científica se ubica entre este tipo de saberes del espíritu. Su conformación no-científica, parte de la tradición de la sabiduría monacal del siglo IV-V como veremos más adelante. Es un método espiritual que ayuda a elegir lo que conduce hacia el bien más universal: ese sitio donde confluye una dinámica de mayor plenitud y realización, personal y colectiva. Asimismo, con su práctica se consolidan los deseos humanos para empujar la historia en determinada dirección, o como decía Ignacio Ellacuría para *hacerse cargo de la realidad*.

Las ciencias del espíritu quieren conocer lo verdadero y discriminarlo de lo falso o aparentemente verdadero (que puede ser tergiversado por ejemplo por las ideologías). Por su parte, la práctica del discernimiento espiritual busca captar dónde opera lo bondadoso y discriminarlo de lo maléfico, donde se disfraza un bien aparente. Ambos saberes que obedecen a diferentes racionalidades pueden entretenerse en el saludable encuentro entre lo verdadero y lo beatífico, es decir conjuntarse en una lógica de diálogo entre dos racionalidades.

Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola

El conocimiento sobre lo social puede entenderse como el saber sobre el cuerpo que integramos todos, cada uno de sus miembros: el cuerpo social. Este es un cuerpo que necesita ser escuchado, pero que también escucha lo que es y lo que puede ser. En los inicios del judaísmo la palabra hebrea *escucha* (*Shemá שמע*) tuvo un peso sustantivo en la conversación con el Dios de la historia. Dios le dice a su pueblo: “*Escucha Israel: Yahvé nuestro Dios es el único Yahvé. Amarás a Yahvé con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*” (Dt 6,4). El primer movimiento del camino espiritual implica una apertura y receptividad que cultive con tesón esa habilidad para escuchar una voz silenciosa en el corazón de la interioridad humana. La voz se manifiesta en la interioridad a través de diferentes sentimientos, pensamientos y deseos que es necesario interpretar, implica aguzar un sentido más allá de una escucha tradicional para descifrar el mensaje divino. En ese contexto es pertinente la pregunta sobre cómo saber

⁴ Gesché, *La invención cristiana del cuerpo*, 220.

lo que Dios desea para el oyente de la palabra o acontecimiento sagrado. Dicho de otro modo: ¿cómo adquirir un criterio ético en concordancia con la vida que Dios desea de la humanidad?

El discernimiento espiritual supone una experiencia de fe que se articula con la tradición cristiana. Incluye un conjunto de prácticas ascéticas como el silencio, la meditación, el análisis, el autoconocimiento, la sensibilidad, la examinación de la conciencia y la conversación espiritual. Es una síntesis práctica de caminos espirituales que busca conectar el diálogo íntimo con la trascendencia, y fraguar así una apuesta ética personal: encarnar las opciones fundamentales.

El discernimiento espiritual o discreción de espíritus, como lo reelaboró Ignacio de Loyola en el siglo XVI tuvo una larga praxis en la historia del cristianismo. Este método espiritual se comienza a poner en práctica por Juan Casiano (360-435), monje y presbítero que representa una bisagra entre el mundo oriental cristiano de influjo griego, la vida monacal que aflora con vitalidad en el desierto de Egipto, y el surgimiento de la vida monacal en occidente años después, concretamente en Marsella, hoy Francia. El monje trapense Thomas Merton comenta que Juan Casiano “constituye la referencia insoslayable para conocer la tradición monástica de Oriente —básicamente, la doctrina de Orígenes adaptada para los monjes por Evagrio Pónico—”⁵.

Casiano vive sus últimos años, de 415 hasta su muerte en 435 en Marsella. Es ahí donde “funda dos monasterios, el primero para hombres, dedicado a san Víctor, y el otro para mujeres, dedicados a San Salvador”⁶. Asimismo, también en Marsella escribe dos de sus obras centrales de la vida espiritual: *Instituta Coenobiorum* que trata de los usos monásticos y de las virtudes que deben distinguir la vida del monje y, *Collationes* o Conferencias espirituales. En ambas obras pueden ubicarse los gérmenes del discernimiento espiritual en la tradición cristiana. Siglos después de Casiano, Ignacio de Loyola escribe su libro de anotaciones para el acompañamiento espiritual: *los Ejercicios Espirituales* (EE. EE). En este libro se pueden encontrar las 22 reglas de discreción de espíritus para “sentir y conocer de alguna manera las varias mociones que se producen en el alma”⁷. Un libro escrito principalmente para los directores espirituales que ofrecen y dictan un itinerario donde los ejercitantes, a través de contemplaciones y meditaciones intentan escuchar y seguir la voz del espíritu.

La espiritualidad ignaciana es una búsqueda constante para encontrar la voluntad de Dios en la propia vida y en la historia común. Para ello es necesario estar atentos a los movimientos anímicos interiores donde se manifiesta el buen espíritu y, por el contrario, a las astucias del mal espíritu que tienden a engañar y sacarnos de la dirección del buen espíritu. Se parte del supuesto que el Dios encarnado en la historia aparece en nuestra vida de forma asidua, en la cual hay momentos de subidas y bajadas anímicas, emociones variantes, pensamientos en diferentes direcciones y deseos que apuntan hacia sitios diversos. Lo que trata la discreción de espíritus es ubicar y mantener las opciones vitales de nuestra historia en la sintonía con la voz de Dios que apunta hacia el bien más universal.

5 Merton, *Curso sobre los padres del desierto*, 123.

6 Castellaro, *Juan Casiano, buscador de Dios en las Conferencias Espirituales*, 170.

7 Loyola, *EE.EE*, 91.

Discernimiento espiritual y ciencia

Ignacio de Loyola coloca las reglas de discernimiento en los numerales 316-336 de los **EE.EE.** como criterios orientadores para estar atentos a las formas en que se hace presente el buen espíritu empujando hacia modos de vida más integrados desde los criterios del evangelio. También señala los dinamismos del mal espíritu, las astucias del enemigo que nos bloquea en nuestra propia psicología, nos desanima, o nos muestra engaños que tergiversan nuestra percepción de lo justo y bondadoso. Se trata de develar los discursos interiores que justifican, legitiman lo pernicioso, o, en casos graves sostienen la opresión y la violencia que proviene de lo maléfico.

Este ejercicio de atención, de autoconocimiento y de conversación espiritual lo llama Ignacio de Loyola, la discreción de espíritus. Consiste en distinguir los momentos de consolación de los de desolación, puesto que en cada estado espiritual es necesario aplicar una actitud diferente, cada momento requiere una estrategia que ayude a seguir en la sintonía de la voz de Dios. Ignacio coloca las mociones como vivencias que nos colocan “en dirección a” y nos suscitan movilizarnos en nuestra historia en determinado sentido. Cada moción está constituida por pensamientos, sentimientos y deseos que confluyen en nuestra interioridad a partir de nuestra propia realidad.

En esta práctica ascética de la discreción de espíritus ayuda la escritura de los movimientos espirituales posterior a los espacios de oración, lo que se conoce como *examen ignaciano*. También es importante la dirección espiritual con un acompañante que vaya ayudando a conferir y confrontar las interpretaciones de las mociones espirituales. Estos espacios de conversación espiritual dentro del ámbito de los *Ejercicios Espirituales* o en la vida cotidiana ayudan a seguir encontrando hacia dónde Dios nos está invitando en las situaciones concretas de la vida. La intención es elegir el bien más universal y vivirmos constantemente desde esa luz.

En síntesis, si el científico social le añade a los métodos interpretativos de las ciencias del espíritu la práctica del discernimiento espiritual puede nutrir y encarnar su ejercicio profesional. Es decir, el científico social como ejercitante espiritual mira-observa-escucha la situación real a través de la voz de sus informantes, una vez que hay una iluminación o nueva asociación y “comprende”, simultáneamente capta el despliegue anímico, emocional y cognoscitivo que produce el espíritu en su propia carne. No es una mera comprensión de una situación pertinente, sino que el Dios encarnado se manifiesta sensitiva y corporalmente en sus deseos y puede dotar de sentido su comprensión de un fenómeno social en el marco de su propia textura de la vida. El científico-ejercitante, en una ponderación ética-religiosa opta por dejarse conducir en este camino que se reconoce a través de la examinación espiritual constante. De este modo, además de conocer la verdad de la historia se intuye dónde aparece el bien más universal. En pocas palabras, la persona científica conoce algo nuevo sobre el cuerpo del que forma parte y, simultáneamente una luz le está siendo revelada en su carne. En sentido inverso, también el profeta que discierne espiritualmente requiere hacer uso de los conocimientos y métodos de las ciencias sociales.

Conclusión

Se han presentado varios planos de entendimiento de la comunicación con el espíritu: el siglo XIX y la emergencia de las ciencias del espíritu, el siglo V la praxis del discernimiento de la emergente vida monacal y, finalmente, el siglo XVI y la búsqueda por condensar itinerarios mistagógicos para escuchar la voz de Dios. Entonces, se puede decir que conocer el espíritu (o sobre lo humano, lo social y lo divino) no es un mero acto cognoscitivo, sino es una experiencia ética-religiosa que con-mociona nuestra corporalidad y, desde las entrañas, nos anima a emprender una dirección para implicarnos en la historia.

Cada persona científica, con diversos métodos busca la verdad sobre lo social en la historia, interpreta los signos y elabora un discurso sobre lo real. La discreción de espíritus es una práctica ascética y profética que reconoce en donde la realidad puede tornarse maléfica, en la propia carne y en el mundo, y busca conocer el cuerpo social para divulgar la luz de lo bondadoso y verdadero. Se necesitan de ambas sabidurías para conocer realmente la dirección que nos comunica el *espíritu*. Esta sabiduría que emana de las espiritualidades y las ciencias deja afectarse por la esperanza, como dice María Zambrano:

La esperanza, encendida como fuego y como lámpara en el corazón, hace de él el centro donde el entendimiento y la sensibilidad se comunican; es el centro donde se verifica esa operación vital tan indispensable que es la fusión de los deseos y sentimientos, donde los deseos se purifican y los sentimientos se afinan, el vaso de la unificación de todo el ser⁸.

En última instancia, el discernimiento espiritual cristiano busca enfocar la textura de la vida desde el Dios que se encarna en nuestro cuerpo social: la palabra se hace carne en nuestra carne.

Bibliografía

- Castellaro, M. (2015). Juan Casiano, buscador de Dios en las Conferencias Espirituales, *VERITAS* (32), pp. 167-193.
- Gesché, A. (2014). La invención cristiana del cuerpo. *Franciscanum* (162), pp. 215-255.
- Grondin, J. (1999). *Introducción a la hermenéutica filosófica*. Herder.
- Loyola, I. (2014). *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*. Buena Prensa.
- Merton, T. (2023). *Curso sobre los Padres del desierto en quince lecciones*. Sígueme.
- Zambrano, M. (2022). *Los bienaventurados*. Alianza.

8 Zambrano, *Los bienaventurados*, 148.